

Bornú *nebbu*. La *poa* es un cereal que sólo en el Sudán se utiliza en abundancia y cuyo grano, denominado *kreb* ó *kacha*, comen en grandes cantidades especialmente los habitantes de Wadai, de Bornu y de Baghirmi. Barth no vió nunca, y no deja de ser esto extraño, que un indígena negro de Bornú utilizara este grano que, en cambio, es en Baghirmi muy estimado aun por los ricos y del cual son entusiastas los colonos árabes de estas comarcas, los chúas. Una especie de este cereal es probablemente idéntica con la *Poa abyssinica*, pero en Bornú hay dos especies y en Wadai tres ó cuatro, quizás simples variedades de una misma. Barth, que en Massenja vivió exclusivamente de un poco de arroz y del grano de la *poa*, califica á éste de manjar ligero y dice que aunque no produzca incomodidades digestivas sólo calma el apetito por poco rato y no comunica gran vigor. Al número de los tesoros casi inexplotados del reino vegetal africano pertenece el *Sorghum saccharatum*, rico en azúcar, cuyos tallos, á menudo dos veces más altos que el hombre, representan un papel importante en el cuadro general del Sudán occidental. Afirma, además, Barth que en muchos puntos del Sudán encontró la caña de azúcar en estado silvestre y en Sokoto pudo ver una refinería de azúcar dirigida por un pullo que había sido 25 años esclavo en el Brasil. Existen también una porción de plantas que como entemeses contribuyen al alimento de la población, pero las más de ellas no son cultivadas; únicamente el *karass* (*Hibiscus esculentus*) se cultiva en campos junto al lago Tsad y con sus hojas, lo propio que con las del baobab y del *hadjidj* (*Balanites aegyptiacus*), se sazonan las sopas ó se preparan legumbres. Con el mismo fin se utiliza una especie de corcoro y otras varias plantas como la *deruba* y la *bamia*.

En resumen, la carencia de plantas y animales que se lamenta, se debe en gran parte á la imperfección de la cultura sedentaria fija en estos países y á la perturbación causada por los nómadas, pues no faltan aquí algunos tesoros especialmente del reino vegetal. Desde luego aceptamos lo que dice Barth cuando, discutiendo las posibilidades de establecer un camino mercantil en el Benúe hacia el interior de Africa, cita como artículos que en gran cantidad podrían exportarse no sólo el algodón, la manteca vegetal, las almendras de tierra, el marfil, los cuernos de rinoceronte, las fibras de *Calotropis* y de *Asclepias gigantea*, la cera y las pieles, sino también «muchísimos otros.»

El clima, además, no siempre es favorable á cultivos indígenas ó importados; así por ejemplo, el trigo y el arroz, que seguramente han sido importados en estos territorios, prosperan de muy distinto modo, pues mientras el primero se extiende sin obstáculo alguno, la propagación del segundo es muy difícil: ambos valen en los mercados de Bornú por término medio doble precio que los demás cereales, pero según parece, cada uno tiene distinto origen y se adapta de distinta manera al clima del Africa central. Hablando del arroz dice Barth: «En el Africa central podría pasar por indígena, creciendo en estado silvestre en todas partes, así en Baghena como en Sokoto, como en Baghirmi.» No sucede lo mismo con el trigo, siendo probable que éste con la cebolla, hoy todavía tan poco estimada de los negros como de los árabes, fuera introducido hace algunos siglos por éstos. El trigo es cultivado en muy pequeña escala y sólo se le conoce con su nombre árabe, *el kameh*; en Logón se le considera aún como manjar regio y no gusta al vulgo, y esto se debe á que como los aguaceros tropicales malogran fácilmente las plantas tiernas, el trigo ha de cultivarse durante el período de sequía á fuerza de cuidados y de riegos artificiales.

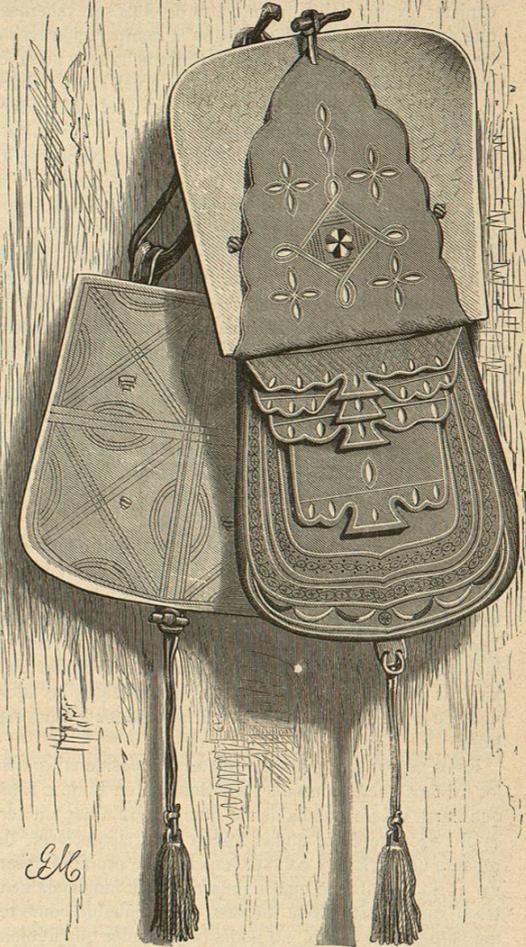
La fauna del Sudán comprende todas las formas gigantes del continente y posee todavía un importante número de individuos hasta el punto de ser casi vulgares el elefante y el hipopótamo y de ir en aumento todavía la cantidad de marfil que desde los territorios sudaneses llega á algunas plazas de las costas occidentales, á pesar de que este artículo viene desde hace mucho tiempo disminuyendo en las regiones del Nilo y en el Africa oriental. Aquí se aparece la jirafa con el elefante y el rinoceronte. En tiempo de Browne era frecuente encontrar manadas de 400 y 500 elefantes en Darfur, en donde este paquidermo llega hasta los 12 y 13° de latitud Norte: más hacia el Este se extiende hasta los 15°. En el lago Tsad y en las vecinas corrientes hay grandes rebaños de hipopótamos, presentándose aun en más numerosos grupos los cocodrilos. Los grandes carnívoros abundan mucho más en los poco poblados territorios limítrofes del desierto y del Sudán que en las regiones sudanesas en donde hay una población densa. A las civetas se las encuentra encerradas en jaulas y convertidas en animales domésticos. Estos lugares son también el punto de reunión de ininidad de antilopes de distintas especies. Asnos salvajes recorren en número prodigioso las sabanas de Darfur y los búfalos y facóceros pueblan á menudo con exceso las espesas selvas de las orillas. Los animales del desierto como el avestruz, el zorro de las estepas, el chacal, la hiena y la hiena manchada (*Hyæna picta*) penetran desde el Norte hasta muy adentro del país. Como animales de caza importantes por su número debemos mencionar las aves acuáticas de multitud de especies que en prodigiosa abundancia pululan por los lagos y ríos de esta región. En calidad de ejemplar especial merece citarse finalmente el manati (*Manatus*) que remonta hasta muy arriba los ríos de la costa occidental y es protagonista de muchas fábulas; los negros del Benúe lo describen con dos pechos completos y con cabeza humana que, en seguida de cogido el animal, debe ser cortada y enterrada ó consagrada al fetiche, pues nadie que haya visto esta cabeza puede comer de su carne. La pesca, que es una regalía del sultán de Wadai, reviste tales proporciones que con los pescados secos de los lagos Tsad y Fitri se hace un comercio que llega hasta Fessán y traspasa el Níger: el sultán permite ejercerla bajo la inspección de un funcionario especial.

La población del Sudán se divide en indígenas é inmigrantes. De la mayor parte de los países sudaneses podemos citar el momento en que recibieron el elemento más influyente de su población, el árabe, y fijar una especie de cronología del avance del pueblo fulbe dominante en el Sudán occidental gracias á la que seguimos á esos conquistadores de color claro paso á paso en su camino hacia el Sud y el Este, en donde uno tras otro sojuzgaron á los pueblos negros. Esa división, sin embargo, no es tan sencilla como parece, pues los hechos demuestran que esas emigraciones de que por casualidad tenemos noticias no han sido las únicas que fueron á parar á esa extensa cuenca rodeada de muchos pueblos impacientes. Que haya habido emigraciones desde el tiempo en que se conocieron la escritura y demás medios de fijación histórica no significa en manera alguna que no las haya habido antes. Ya en nuestra introducción de carácter general (véase tomo I, pág. 68) hicimos notar que en estos procesos de emigraciones representó el Sudán un papel importante como frontera entre las más grandes residencias de tribus nómadas y sedentarias, opinión que confirmarán las siguientes descripciones aisladas de los países sudaneses. G. Fritsch dice que los territorios de allende el desierto norte-africano, es decir, los

sudaneses son el punto de partida para un estudio general de la etnografía del Africa, opinión que aceptamos tanto más cuanto que allí encontramos la vasta zona de contacto de los dos mayores grupos de pueblos africanos, el hamita-semítico y el negroide y cuanto que los procesos de mezcla que aquí se realizaron son verdaderamente típicos para otros semejantes aunque más oscuros que tuvieron lugar en el resto de Africa. Por esto no nos creemos autorizados para oponer como sedentarios á los mandingos, pueblo originario de Mandara, Haussa, Baghirmi, etc., enfrente de los fulbas y de los árabes, sino que tenemos por más ajustado á los hechos admitir al lado de los inmigrantes reconocidos pueblos sólo relativamente sedentarios, nunca autóctonos. El Sudán ha sido siempre uno de los países más abiertos de la tierra, de aquí que podamos suponer mayor número de invasiones de pueblos del que permite conocer el corto plazo que comprende el inventario histórico. No atribuímos gran importancia á las tradiciones de los pueblos, según las cuales, por ejemplo, los sos, pueblos indígenas con los cuales el joven reino bornuano hubo de sostener grandes luchas durante los siglos trece y catorce, viven en la memoria de los bornuanos como colosales gigantes, pero recordamos aquellas leyendas narradas por Barth que suponen que un Faraón llegó á Burrum, puesto que realmente existieron relaciones entre este territorio oriental del Níger y Egipto, por el Audjila desde el siglo once después de Jesucristo. ¡Cuánta influencia pudo haber ejercido Egipto sobre la población del Sudán mucho antes de la emigración árabe! Aun en la actualidad no es en todos los territorios sudaneses la cultura de la raza dominante la superior sino que en algunas cosas están muy por encima de ella los restos de la civilización indígena allí donde ésta se ha conservado independiente. También podríamos hablar á este propósito de la confusión de lenguas, pues las que se hablan solamente en Bornú, que son más de doce, imprimen á estos pueblos el carácter de escombros ó ruinas étnicas. En un territorio tan pequeño como Logón el lujo de idiomas es mayor del que parece corresponder á su bajo nivel de cultura. A pesar de que el idioma popular de los logoneses es muy parecido al musgu, eran tantos los que hablaban el bagrimma, que Denham se imaginó que esta era la lengua de los habitantes de Logón: E. Barth pudo sostener una conversación en kanuri con el soberano del país. Finalmente los árabes aquí sedentarios dieron curso á su propio idioma del cual han pasado algunas palabras al idioma popular. Este estado de cosas sólo puede haber sido traído por una mezcla de pueblos muy vasta y muy antigua.

No esperemos, pues, encontrar profundas diferencias entre los representantes de estos dos grandes grupos de pueblos que aquí se juntan; procuremos señalar más bien las transiciones que las fronteras. Hablando desde el punto de vista de las razas, tenemos unidos en un mismo suelo los representantes de la configuración caucásica y los de la etiópica. Las tribus que habitan las praderas de Darfur, de Baghirmi y de Haussa nos ofrecen ejemplos de esta última (véase el grabado de la pág. 265); en cambio los mejores tipos de los fulbes «rojos» y de los árabes que se han conservado más puros nos los presentan de la primera. Unos y otros, empero, son escasos en número comparados con los elementos mulatos y mestizos que entre ellos existen y en cuya conformación prevalecen las tendencias á las formas negroideas. Como tipo de esta mezcla que constituye la mayoría en todos los territorios sudaneses, podemos aceptar la población predominante en Bornú que Rohlf caracteriza, quizás mejor que nadie, con las siguientes pa-

labras: «Su estructura corporal es aproximadamente el término medio entre las formas perfectamente plásticas de los negros haussas y la nerviosa flaqueza de los tibbús.» Ya Ledgard y Lucas no clasificaron á estos bornuanos como negros propiamente dichos, y Barth establece una distinción entre la población de Kanem, como variedad poco negroide, y los bornuanos de rostros anchos y repugnantes, por más que una y otros tuvieran el cabello crespa-



Bolsas de cuero bornuanas (Colección de E. Barth en el Museo para Etnografía de Berlín).

la piel oscura y la nariz muy abierta y carnosa. Richardson, al ver que en Sinder las fisonomías eran más agradables y el color de la piel más claro, creyó que en aquella población había una mezcla berberisca. De modo que los autores todos acuden á las mezclas para explicar esta unión de contrapuestos elementos. También Nachtigal concibe la mezcla de pueblos de Bornú como un gran hecho etnográfico sin el cual sería imposible explicar el modo de ser del pueblo bornuano. El paso que media de los mulatos árabes á los negros puros, como los del Baghirmi meridional, no puede ser muy grande, como tampoco el que separa á los perezosos y tímidos bornuanos de las infelices víctimas de su comercio de esclavos. Rohlf encontró á los baghirmios de un color más oscuro que los desparramados negros de

la tribu de los bolos en el reino de Bautchi. En los caracteres corporales de las infelices tribus de las praderas, que son las que proporcionan el mayor número de esclavos á Baghirmi, no vió Nachtigal grandes diferencias, siendo esta uniformidad lo que más distingue á esos individuos de los mestizos. El color más generalizado es bastante oscuro: el tipo medio se caracteriza, además, por una hermosa estatura y por una conformación vigorosa. La musculatura es en todos notable, pero la gordura no es tan común como pudiera esperarse de un clima tan húmedo. En punto al carácter, es indudable que muchos de ellos son valientes y que comparados con sus enemigos la comparación resulta las más veces en su favor, pero por desdicha suya no saben unirse contra su enemigo común, tan cruel como peligroso. La indiferencia y aun alegría con que ven á este adversario, al que á veces ayudan, atacar á una tribu amiga ó destruir una aldea y la impasibilidad con que venden á los aliados de la vecina tribu son, quizás, consecuencia de las injusticias que han tenido que sufrir durante tantos siglos. Los caudillos pueden, al parecer, vender como esclavos á sus súbditos, y dado el estado de cosas de estos pueblos, cabe que sea cierto aquel rumor que oyó Nachtigal respecto de los sonrhays, de que venden como esclavos á sus mujeres y á sus hijos. Mucha parte de culpa tiene, sin embargo, la imperfección de las instituciones políticas: los caudillos poderosos, señores de vidas y haciendas y con deberes meramente militares, á lo que parece, rara vez cumplen los de administrar justicia, que cada perjudicado suele tomarse por sí mismo. Los juramentos se prestan sobre el follaje de una acacia (*Acacia albiida*) y así formulados son tan religiosamente mantenidos como el de los musulmanes prestado sobre el Alcorán.

No todas estas tribus practican por costumbre el tatuaje en forma de incisiones de distintas dimensiones y hechuras, y en punto á mutilaciones, los gaberis y los sonrhays se arrancan un incisivo de cada mandíbula y los saras dos. Los pueblos, como los fures, cuyas mujeres se cortan las mejillas deben esta costumbre á la influencia árabe (Fekin). La perforación de los labios no se practica y los adornos que en la nariz se llevan se cuelgan de los lóbulos nasales.

Estos negros son, pues, externamente considerados, casi los mismos que encontramos en Sofala ó en Lunda. Enrique Barth refiere que habiendo querido examinar de cerca el Logón desde la ciudad Logón Birni, apareciósele de repente un anciano y con voz imperiosa le prohibió observar el río y le ordenó que se retirara de allí inmediatamente. «Causóme esto cierta sorpresa, pues teniendo como tenía permiso del sultán, no podía comprender que hubiera aquí quien pudiera impedirme lo que aquél había autorizado; pero mi compañero me advirtió que el anciano era el *maralegha*, rey de las corrientes, que tenía jurisdicción limitada sobre el río. Muchas veces había oído hablar de la autoridad del rey de las aguas *Sserki-n-rua* en los territorios kuaras, mas ignoraba que también existiera aquí esa costumbre.» Esta autoridad no parece ser, sin embargo, inquebrantable, pues el propio viajero recorrió más tarde el río con permiso del sultán y aun mató en él algunos cocodrilos. El suceso referido por Barth hubiera podido acontecerle en Uganda ó en el Zambézé porque los reyes de los ríos ó de los lagos pertenecen en todas partes al espíritu de los negros. El islamismo no ha hecho más que extender un barniz sobre el alma popular de los sudaneses sin matar en ella los rasgos principales de la antigua religión feticista. Los mismos bornuanos se acuerdan de haber adorado en otro tiempo á un diablo de las selvas, *Koliram*,

y á un demonio de las aguas, *Agamarán* y de ellos dice Rohlfis que carecen de un nombre con que designar á Dios, pues la palabra *Remandé* con que traducen la idea de Alah, significa tan sólo señor en el sentido civil. Como todos los negros, han relacionado las fiestas religiosas de los mahometanos con importantes fenómenos de la naturaleza tales como el plenilunio, el comienzo del período de las lluvias, etc. Las oraciones árabes son ininteligibles para ellos. Los fures, que encuentran difícil unificar á su dios negro Molú con Alah, confunden á este último con el jerife de la Meca. De modo que entre ellos el islamismo se ha visto despojado, en beneficio de la religión de los negros, del espíritu en que se informa y se ha convertido en superstición.

El modo cómo los conquistadores avanzan por los países negros, explica la rapidez de la mezcla que se ha realizado con la conquista, mejor dicho que la ha precedido. Las cazas y el comercio de esclavos son instituciones sólidamente arraigadas en estos territorios y consentidas por sus soberanos como necesidades de Estado. Cuando Overweg recomendó al jeque de Bornú la supresión del comercio de esclavos, contestóle aquél que sólo á cambio de esclavos podía obtener las armas de fuego que necesitaba. Y habiendo Barth propuesto al visir de Bornú que dejara á los musgus cultivar tranquilamente sus campos para poder así obtener de ellos un tributo seguro y regular, contestóle aquél que esos pueblos sólo á fuerza de rigores podían ser sujetos y que por esta razón les quemaba los graneros para domesticarlos por medio del hambre. «Hay que tener también en cuenta — añade el viajero — qué clase de tributo han de percibir estas gentes para quienes el ganado vale poca cosa y que no conocen más productos que los cereales. De aquí que los esclavos sean lo único que de ellos quieren: los secuestros violentos de esclavos hacen sumisos á esos pueblos y cuando sus señores los ven tranquilos entonces exigen de ellos un tributo pacífico de esclavos.» Cuando las cazas de esclavos han despoblado un distrito negro, entonces empieza la verdadera conquista. Del territorio Bula, en el Benúe (9° 30' de latitud Norte y 12° de longitud Este) que actualmente se encuentra en uno de los últimos estadios de este proceso, escribe Flegel: «En los bulas como en los bassanas miro los últimos restos libres de las poblaciones que antes de la invasión fulbe eran dueñas de las fértiles comarcas de las orillas del Benúe. Hoy en día estos pueblos han sido acorralados, su antiguo extenso territorio ha pasado á poder de los fulbes viéndose ellos reducidos á esa pantanosa hondonada, libres sí y hasta fuertes y aptos para defenderse gracias á su gran número y al odio contra el enemigo común que á todos los une, pero cercados por todas partes por sus agresores como fiera perseguida por los ojeadores.» Al Este y al Oeste y probablemente también al Sud, al lado de Kontcha, hay una especie de país neutral completamente inculdo é inhabitado que separa á los perseguidos de los perseguidores. Aunque aquellos pueblos no ven invadido por sus enemigos su territorio y aunque en la actualidad son todavía ricos en armas, reses y caballos, al fin y al cabo es sólo cuestión de tiempo saber cuándo les será arrebatado este último resto de independencia y quedarán borrados de la lista de pueblos. El pueblo conquistador extiende como un pólipus sus numerosos brazos en todas direcciones entre los consernados indígenas cuya desunión ofrece muchos puntos vulnerables; por esta razón los modernos observadores evitan señalar fronteras fijas entre estos reinos que están en el período de formación. Hay una porción de aldeas fulbes que reconocen un determinado lugar como centro y al pro-

pio tiempo como residencia del poder; así Muri, por ejemplo, es la plaza avanzada y la capital de las numerosas colonias fulbes establecidas en el Benúe central y análoga es la situación de Jola en el territorio de Adamaua. No hay allí reinos propiamente dichos con fronteras marcadas y aun aquellas capitales participan, al parecer, de la movilidad del soberano del país: la plaza de Jola ha cambiado tres veces de sitio desde que Barth la visitó. Repetamos, pues, y fortalezcamos aquella reserva con que comienza Barth sus consideraciones sobre la «Nación haussa» cuando dice: «Si me es permitido emplear la palabra *nación* tratándose de relaciones étnicas tan imperfectas como las del interior de Africa...» Igual sucede más hacia el Este, sólo que aquí entran en juego mayores potencias que obran de una manera algo más concentrada. Barth ocupándose de la situación de los musgus, colocados en medio de la oleada de pueblos sudaneses y muy aptos para defenderse, dice: «Al Norte los kanoris poco enérgicos pero temibles por su numerosa caballería y por la ventaja del plomo y de la pólvora; al Oeste y al Sudoeste los inquietos fulbes que avanzan constantemente; al Nordeste los logoneses, muy afines suyos pero hoy contrarios por la diferencia de religión; al Este los salvajes bagrimmas que les persiguen movidos por el fanatismo de un islamismo fingido y por el placer y la codicia del robo de esclavos: cazados anualmente por todos lados, privados de centenares y aun de millares de sus mejores compañeros, no es posible otra cosa que la sumisión completa de esta desdichada tribu en el transcurso del tiempo.»

El carácter mestizo de la población sudanesa no se refleja menos en sus confusas manifestaciones de civilización. El traje de la población sudanesa en todos aquellos territorios en los cuales ha penetrado la civilización es, con ligeras variantes, completamente árabe ó por mejor decir, árabe-moro: el ancho calzón con grandes pliegues para el cual se emplean á veces 20 metros de una tela de algodón de $\frac{1}{2}$ metro de ancho y el holgado *tobe* son los principales elementos del mismo, además del zapato de cuero de procedencia árabe. La abundancia y el lujo consisten no en la variedad sino en ponerse unos sobre otros muchos tobes hasta que el peso ó la deformidad ponen á ello límite. El *tobe* no es más que una ancha camisa con muy holgadas mangas hecha generalmente de unas tiras de algodón de un palmo de ancho que es á todo lo que puede llegar la tejeduría sudanesa. En los modernos tiempos se ha extendido mucho entre las clases media y pobre la grosera tela de algodón europea cruda por ser más barata aunque más escasa que la tela indígena: este artículo, que en el Sudán occidental se denomina *merikani* y en el septentrional *cham*, representa un gran papel como signo de circulación. Los bordados en los bolsillos del pecho y en el cuello constituyen el adorno de este vestido, cuyo color es las más de las veces blanco ó azul índigo, azul claro ó negro azulado y cuyos adornos suelen ser blancos. En el Sudán occidental en donde la tintorería está más adelantada encontramos mayor variedad de colores: por esto los tobes más solicitados son los de Nife y de Kano, sobre todo los llamados tobes de pintada que sólo lleva la gente ilustre, los tobes de Kororobchi fuertemente impregnados de añil, de un color azul oscuro, rígidos y brillantes á fuerza de prensa, y otras variantes. Los precios de estos tobes varían entre 2 y $\frac{1}{2}$, y 50 thalers teresianos. Las camisas son más estrechas y de mangas más cortas que los tobes: la más sencilla, llamada *gomadji talagabe* (camisa de los pobres) es de tela de algodón basta, corta y estrecha y su precio es aproximadamente de $\frac{1}{2}$ thaler; en cambio la holgada camisa de ele-

fante, llena de adornos, que sólo se confecciona en los territorios haussa cuesta de 12 á 15 thalers. Las camisetas cubiertas de adornos y bordadas en sedas de las mujeres casadas ricas no valen menos de 25 thalers. Las prendas comunes á las mujeres de todas las clases son el chal y el manto que se confeccionan con la brillante y prensada tela de los tobes de Kororobchi; las camisetas son de un paño azul. En punto á calzado (véase el grabado de la pág. 273) usan los ricos unos zapatos de cuero encarnado ó amarillo á menudo bordados. Los pobres van descalzos ó llevan simplemente sandalias de piel de búfalo. En los territorios haussa se fabrican elegantes sandalias con sobrepuestos, rosetas de plumas de avestruz, etc. Los adornos más comunes son los brazaletes de plata, los collares de perlas finas y falsas y de fragmentos de ámbar y de ágata y los anillos de plata con perlas ó pedazos de coral ensartados que se cuelgan de uno de los lóbulos nasales. Los hombres suelen ir descubiertos y únicamente los kanembus tienen un gorro nacional á modo de turbante. Las mujeres kanuris llevan su cabellera peinada en pequeñas trenzas muy apretadas unas á otras y muy tirantes, rapándose el cabello de la frente y de las sienes: las mujeres kanembus llevan esta rasura más exagerada y no tiran de sus pequeñas trenzas. Estos y otros peinados representan, al parecer, una moda moderna, pues antiguamente el cabello se peinaba formando una cresta como la que llevan las mujeres de los ngomatibús de Bornú. Las esposas de los hombres acomodados completan el tocado con una lámina de plata en forma de media luna.

Las cabañas en forma de colmena llegan en Darfur hasta los territorios más septentrionales, pero en general las viviendas se construyen de barro y de piedra, siendo digno de notarse que no se edifica á mayor altura que á la que alcanza el hombre sin necesidad de andamios. La influencia árabe ha dejado quizás menos huellas que en ninguna otra rama de la actividad humana en la agricultura que en lo esencial es la de los pueblos negros. Cierto que el algodón, el añil y otros productos agrícolas llevan nombres árabes, pero esto no significa que procedan directamente de Arabia. Una agricultura notablemente desarrollada ha servido de base, en las ricas regiones centrales y occidentales del Sudán, gracias á la influencia del islamismo y á pesar de la mezcla de la población con elementos nómadas, á una vida económica por lo general notable que, excepción hecha de Egipto, no encontramos en ningún otro punto de Africa. Una población más densa y laboriosa, mayores ciudades y mejor agricultura prestan al Sudán (al Oeste del lago Tsad y del Xari) un marcado carácter de civilización, pudiendo decirse que esta comarca no es una comarca natural. El Sudán central aventaja á la mayoría de las regiones del interior de Africa en el mayor grado de cultura gracias al cual una gran parte del territorio ha sido convertido en campos y huertos y se han poblado las llanuras «de rebaños de vigorosos animales domésticos.» «Bornú — dice Nachtigal — tiene sobre la mayor parte de los países que ocupan una situación análoga á la suya la ventaja de poseer una población pacífica, cándida y activa que, exenta de cuidados por la adquisición de los medios de vida que la naturaleza le proporciona en abundancia, ha conservado cierta ligereza y apatía, y cuya inteligencia, actividad y aspiraciones naturales, aunque distantes del grado de desarrollo y de expansión que sería de desear, han entrado en una senda relativamente favorable gracias á los tempranos beneficios de una más elevada cultura y de una ordenada formación de Estados.» Aunque el islamismo al cual debe Bornú la mayor parte de su antiguo impulso hacia una ci-